

Charlas en la cocina

Leticia Santa María Gallegos

No cuento ya con su respeto. Mi actitud ante él y ante la vida fueron cambiando tanto desde que nos casamos, que yo tampoco reconozco ahora en mí a la que se enamoró de él. Es más, algunas veces me he llegado a sentir despreciable.

Yo sólo quise que las cosas marcharan bien, pero el camino que elegí no fue precisamente el más adecuado; y sólo hasta hoy, que parece que las cosas ya no tienen remedio, me doy cuenta de que nunca debí ceder ante su encubierto deseo de considerarme algo suyo, el objeto que le hacía falta para adquirir la seguridad que nunca tuvo.

El mayor atractivo que en un principio halló en mí fue la forma como me desplazaba ante los problemas. Pensaba que yo era inteligente, aunque no me lo decía abiertamente, y se sentía orgulloso de presentarme ante sus amigos. Yo lo sabía y explotaba al máximo mis cualidades, tratando de no abandonar mis proyectos personales y saldarlos siempre con éxito.

Pero como ya te decía, ese fue sólo el principio, pues después del matrimonio esa cualidad se convirtió en el principal motivo de diferencias y conflictos. Yo lo seguía amando, como lo amo aún a pesar de todo, y comencé a abandonar, no sólo mis proyectos sino mi propio pensamiento.

Con la responsabilidad de la casa me fue necesario abandonar, por el momento según yo, la idea de seguirme preparando académicamente. Ya no fui más a la escuela y en gran parte la razón también estuvo en mi deseo de estar con él la mayor parte del tiempo. Así me sentía feliz y completa.

Además, comencé a percibir que las discusiones acerca de cuestiones teóricas siempre terminaban en problemas personales entre nosotros. No quería darme la razón, aún cuando le demostraba que la tenía, o trataba de buscar el punto de vista en el cual yo no podía aportar nada, para obligarme sutilmente a callar.

A fin de evitar tales problemas, me pareció que lo mejor era no expresar mis opiniones cuando diferían de las suyas. Esto me llevó a dejar de pensar sin que me diera cuenta. Poco

a poco me dejé conducir por él, pues no deseaba hacerlo sentir mal, mucho menos inferior. Quise evitar las discusiones que tuvieran visos de competitividad, ya que esos problemas intrascendentes enferman una relación de pareja. La única vía que hallé fue la de reducirme a otro ámbito, al tradicional y culturalmente femenino.

La llegada del primer bebé me sirvió de pretexto para dejar de trabajar. Estaba segura de que tal decisión era necesaria, pues Renato me hacía escenas cada vez que mis actividades ocupaban más tiempo que las suyas. El dinero que yo ganaba no representaba alivio alguno, pues la seguridad que a mí me proporcionaba acentuaba su inseguridad.

Me dediqué por completo a la casa y a los niños, hasta el punto de no tener otro tema de conversación. Hacía sólo lo que yo sabía que a él no le molestaba. Casi no salgo ya, pues le irrita que no esté a su disposición cuando lo requiere. Y no lo decía, simplemente lo manifestaba de alguna manera. Por eso mismo no consideré que fuera un abuso de su parte y halagándolo yo me sentía satisfecha.

Pero, cuando ya había enajenado mi existencia a la suya, los motivos para que se irritara conmigo fueron precisamente mis actitudes para complacerlo. Entonces no sabía qué ocurría, cuál había sido mi falla si sólo hice cuanto mostró desear para sentirse seguro y sin la presión de que yo exigiera algo que no pudiera darme.

Apenas ayer lo entendí. Gracias a la plática que tuve con su amigo Javier me enteré del motivo que lo tiene tan distante. Resulta que ahora se queja de no ver en mí a la mujer de quien se enamoró. Le molesta que no sea capaz de tomar decisiones cuando él mismo me obligó a adoptar una actitud pasiva. Dice que me comporto como una estúpida en algunas ocasiones y yo acepto que así lo hago porque de otra manera su vanidad de hombre se reduce.

Lo amo, no quiero que me odie, tampoco soporto que me desprecie por lo que en esencia no soy. 

